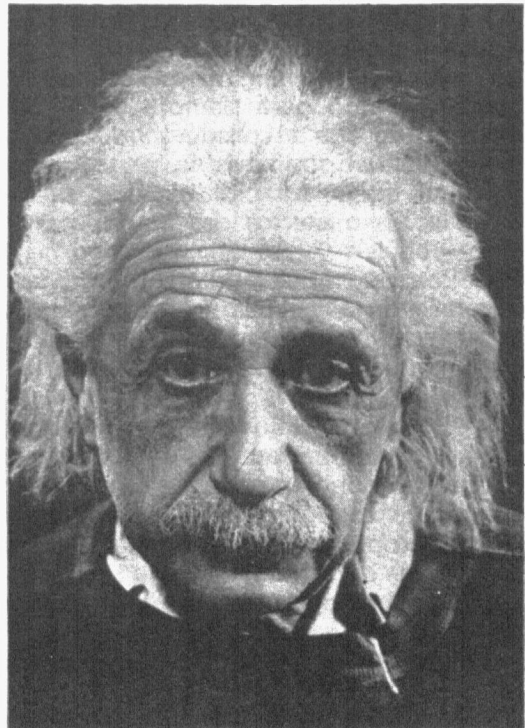


El Centenario / de Einstein /

Se cumple este año el centenario del nacimiento de Albert Einstein, el padre de la relatividad, un científico cuya obra ha revolucionado la idea que se tenía del universo. No vamos a intentar trazar aquí su biografía ni su obra, bien conocidas ambas. Sólo citaremos una anécdota, una visita y una frase: la primera es que en 1907 le negaron una cátedra en Berna por considerar que su trabajo sobre la relatividad era "insuficiente e incomprensible"; la visita, la que llevó a cabo a España en marzo de 1923, dos años después de haberle sido concedido el Premio Nobel de Física; acompañado por el Rey Alfonso XIII, dio una conferencia en la Academia de Ciencias; la frase, pronunciada en 1950, es ésta: "Si



la bomba H es construida verdaderamente, la destrucción total del planeta será puesta al alcance de nuestras capacidades técnicas”.

La UNESCO le ha rendido un gran homenaje. Con este motivo, el día 9 de mayo, el Director General de la UNESCO, Sr. M'Bow, pronunció las siguientes palabras:

“En este centenario del nacimiento de Albert Einstein es para mí a la vez un honor y un placer acoger hoy, en la casa de la UNESCO, a una asamblea de personalidades tan eminentes como la vuestra. También es la ocasión, para todos vosotros, de rendir un solemne homenaje a la memoria de un hombre cuyo pensamiento ha dejado tan profundas huellas en nuestro siglo que, de una u otra manera, ha modificado la vida de todos y cada uno de nosotros.

Recorriendo en sentido inverso la aventura planetaria del espíritu, remontando hasta sus más antiguos hitos conocidos —grabados en la piedra o tallados en la madera, inscritos en papiros o trazados en las paredes de las cavernas— nuestra mirada capta pocos nombres cuya gloria iguale a la suya. Son los nombres de los que, partiendo de las interrogaciones de su época, terminaron por concebir una de esas grandes verdades que trascienden las fronteras del tiempo, que son fuente de un saber creciente, de significaciones siempre renovadas.

Esas mentes hicieron mucho más que formular una idea o elaborar una teoría que sus contemporáneos presentían ya de una manera difusa. Abrieron a la inteligencia un territorio nuevo, cuya originalidad no respondía a ninguna necesidad, y que, sin ellos, hubiese podido quedar sumido para siempre en el limbo de lo posible. Sus descubrimientos no son el producto de una simple acumulación de hechos de experiencia. Entrañan una parte de intuición, un salto en lo desconocido, el fulgor gracias al cual una inteligencia descubre de pronto uno de los misterios del mundo.

Por eso no están sometidas a las leyes de la gravitación histórica, que asignan a la obra del común de los mortales una validez limitada y fechada. Y por eso siguen y seguirán anticipando las cuestiones que nos planteamos unos siglos más tarde.

Si el lugar que Albert Einstein ocupa en la historia de la ciencia es tan grande, es porque no se contentó con añadir uno o dos jalones a nuestro conocimiento del mundo: reorganizó el espacio de nuestro conocimiento; lo reconstruyó, añadiéndole una nueva dimensión; y la marca propia de su imaginación consiste tal vez, ante todo, en su capacidad de articular entre ellas nociones que hasta ese momento parecían incompatibles o contradictorias, de reestructurar el campo de la física, introduciendo en él una coherencia y una armonía cada vez mayores.



Einstein, con S.M. el Rey D. Alfonso XIII, en la Academia de Ciencias

No es, en definitiva, tal o cual propiedad de la materia que puso de relieve, sino la relación entre el espacio y el tiempo que nos obliga a pensar diferentemente, trastornando algunos de los conceptos más elementales y cotidianos de nuestra existencia.

Tal es, sin embargo, la virtud paradójica de los descubrimientos de ese tipo, que comienzan por quitar validez a lo que hasta ese momento dábamos por bueno. Después de lo cual, abren todo un horizonte a nuestra mente deslumbrada. Tres cuartos de siglo después de los famosos artículos de Einstein publicados en los Anales de Física, y sesenta años después de la publicación de su teoría general de la relatividad, sus hipótesis siguen inspirando las búsquedas más audaces.

Señoras y señores:

Todos sabemos que Einstein no sólo fue un muy gran sabio. Hay en él un hombre de libertad y de paz que se situó poco a poco a la altura del hombre de ciencia y que le condujo a apadrinar en cierto sentido a la UNESCO, después de haber sido miembro del Comité Internacional de Cooperación Intelectual, creado por la Sociedad de Naciones.

Después de la segunda guerra mundial, escribió en el número de diciembre de 1951 de El Correo de la UNESCO:

“Una federación mundial propone a los hombres una nueva fórmula de lealtad y un sentido de la responsabilidad que no se detiene ante las fronteras. Y para que ese sentido de la responsabilidad sea realmente operante, no puede limitarse al terreno político. El complemento necesario habrá de ser la comprensión mutua de las diversas culturas y los intercambios culturales y comerciales. Sólo a través de esos esfuerzos podrá edificarse la confianza recíproca que fue destruida por la psicología de guerra o por los sistemas de pensamiento inherentes al militarismo y a la política de poder. Sin comprensión, sin un cierto grado de confianza recíproca, es imposible establecer verdaderas instituciones al servicio de la seguridad mutua de las naciones”.

Este hombre, que tuvo un agudo sentido de la necesidad de las leyes naturales estuvo también movido por una pasión igualmente fuerte por la libertad humana. Por una parte, la búsqueda sistemática del orden íntimo de las cosas contra todo margen de incertidumbre, y, por otra, la defensa sistemática del genio creador del hombre contra toda forma de servidumbre. Porque estaba convencido de que esta libertad —y sólo ella— podía descifrar los secretos del universo, que no disoció nunca la aventura del espíritu de la emancipación humana.

Hasta sus últimos días de existencia luchó por el desarme, en particular por el desarme nuclear. Y defendió apasionadamente la idea de dar a las Naciones Unidas las prerrogativas de un sistema supranacional, que a su juicio era el único capaz de instaurar y controlar una paz justa y duradera.

Esta paz la consideró siempre desde el punto de vista más positivo, no como un simple cese de las guerras, sino como un apaciguamiento radical de sus causas, como un nuevo estado de tolerancia y de respeto mutuo entre los pueblos, que sustituyera por fin la lógica de las relaciones de fuerza y de los enfrentamientos.

Por lo demás, Einstein reflexionó mucho en los problemas de la enseñanza, a la que atribuía un lugar fundamental en la vida de una sociedad. Habiendo personalmente sufrido de un sistema escolar mezquino y puntilloso, se interrogó sobre las condiciones de una nueva pedagogía, gracias a la cual el espíritu creador del niño se despertaría al propio tiempo que se nutriría de conocimientos y normas.

Era, a su juicio, al sistema de enseñanza que incumbía buscar, descubrir y desarrollar las posibilidades latentes en cada persona tanto en beneficio del individuo como en provecho de la sociedad.

Como ven ustedes, señoras y señores, nuestra Organización rinde hoy homenaje a Einstein como a un precursor, tanto en la sesión solemne que nos reúne aquí, como en la reunión de consulta que se abrió ayer, y que durará tres días, para hacer progresar la cooperación científica al servicio de la paz.

En el marco de la reflexión a que este homenaje nos invita, querría sacar de la vida de Einstein tres lecciones que podrían inspirar nuestra labor futura, en particular en lo que se refiere a la preparación de la próxima Conferencia Mundial de las Naciones Unidas sobre Ciencia y Tecnología al Servicio del Desarrollo.

En primer término, el lugar del hombre de ciencia en la sociedad. Este está cada vez más sumido en los problemas de su época y sus trabajos influyen a su vez más o menos directamente en la producción nacional e internacional de sus contemporáneos. En consecuencia, su acción se integra en el combate general en favor de la dignidad del progreso y del bienestar de sus semejantes, y esto debería valer a sus ideas más consideración por parte de los responsables de la política mundial.

En segundo término, el lugar de la investigación fundamental en el trabajo científico —lugar que, lamentablemente tiende a reducirse en el marco de los programas a corto plazo, debido a la presión de ciertas necesidades inmediatas. Esto entraña un verdadero peligro para el futuro. Basta con volver a las fuentes de inspiración de Einstein para darse cuenta de que la mayor parte de sus descubrimientos hubieran sido imposibles si desde un principio hubiese dado a sus investigaciones objetivos utilitarios. La investigación pura y la investigación aplicada deben marchar al unísono, porque se enriquecen mutuamente.

Por último, la relación entre el maestro y el alumno, entre el hombre de ciencia y el público en general. Es verdad que desde la época de Einstein las cosas han evolucionado, pero todavía estamos lejos, en la mayor parte de los países, de su ideal de una pedagogía vinculada con la vida, respetuosa de la naturaleza y arraigada en la cultura propia de cada pueblo. Por otra parte, se ha de poner cada vez más al corriente a la opinión pública del estado de las investigaciones científicas y de las posibilidades de su aplicación. Sólo si se cumple esta condición podrá la sociedad reaccionar en el futuro contra la peligrosa ruptura que se instaura entre los intelectuales y la mayoría de sus conciudadanos.

Esto entraña a la vez una exigencia democrática fundamental y una de las necesidades del desarrollo, puesto que éste depende, entre otras cosas, de los medios de que dispone la población de un país para influir con conocimiento de causa, en las orientaciones de su política científica.

